

Mi recelo respecto á Escorroza me hacía acercarme á Pepe; mas la desconfianza que los juicios de éste me inspiraban, disminuían el saludable influjo que en mi conducta podían ejercer. Carrasco me adulaba cada día más, y su torpe juicio era la balanza en que pesaba yo el mérito de mis obras.

Una tarde, Pepe se colocó en el centro de la mesa, y tomó la palabra.

—Señores, nos dijo; mientras el Sr. de Escorroza, nuestro digno jefe, viene á la redacción y prepara sus notas para repartir opinión pública entre sus abonados, hagamos algo de provecho: veamos qué puede sacarse de los periódicos que acaban de llegar, para enriquecer las columnas del ya célebre *Cuarto Poder*. El Sr. Escorroza ha invadido nuestra jurisdicción, llevándose ayer dos arrobas de periódicos del cajón de inútiles, único gaje de que nosotros solemos disponer; y aun tengo mis sospechas de que la suegra del Sr. Albar ha hecho no pocas veces igual merodeo. De hoy en adelante seremos cuidadosos y vigilaremos la hacienda, limpiando el cajón dos veces por semana.

Aprobamos Sabás y yo la sabia medida y comenzamos á romper fajillas y abrir periódicos. Pepe nos ahorra trabajo, porque apenas desdoblábamos un papel, cuando nos le quitaba de la mano ó nos indicaba su destino, que de buena gana aceptábamos.

—*El Imperio de la Ley*, oficial del Estado, destinado á elogiar á su gobierno: no lo vea, ya sabemos lo que dice. *El Orden Constitucional*, de Pérez Gavilán, paisano de grandes méritos, le redacta aquel mismo sujeto que fué nombrado redactor hace doce años: revistas de banquetes, brindis, versitos de Miguel Labarca á la hija de Gavilán: tírele. *El Ciudadano*: me gusta por su papel grueso y pesado que nos dá provecho en la venta; pero se surte de cuentecitos y versos que no tienen qué hacer en el órgano de un Gobierno. Ese oficial que tiene vd. en la mano, Sabás; ese que á vd. no le gusta porque publica sólo noticias administrativas y documentos oficiales, póngale aparte, porque á lo menos sabe cumplir con su deber. Esos otros dos, son lo mismo: póngalos aparte.

¡Déjese de leer editoriales, Juan! ¿Qué diablos ha de encontrar vd. en un editorial de *La Actualidad*? Pase la vista por los títulos de la gacetilla y échela en el cajón. Lea vd. este otro, si quiere ver algo útil, este diario es sensato y bien escrito. *El Comentador*, sucesor de la malograda *Columna*, vaya al cajón, que ya sabemos como se arregla; pero en cambio, guardemos *La Razón de Estado*, que no por ser ministerial deja de tener gran mérito como político y como literario. Ni tiene vd. ese papelucho, que vive del escándalo y nada más; ni ese otro, que subvenciona la Compañía exportadora de maderas de construcción, solamente para que no la ataque. Ese *Ramo de Azahares*..... elogie vd. á las señoras que le redactan; pero no le lea; pláticas de flores y nubes; gotas de rocío que se mueren de tisis; hojas secas que hacen llorar porque caen al suelo..... Elógielas mucho á todas, que al fin son damas.

Pepe continuó por largo rato mandando al cajón muchos periódicos sin leer más que el título, y apartando algunos para verlos

detenidamente, por útil éste, por bien escrito aquel, por razonado ó por imparcial el otro.

—¿Qué está Ud. haciendo allí con *El Lábaro del Siglo*? me gritó de repente. ¿Vá Vd. á leer las polémicas que Escorroza entabla consigo mismo? Échele al cajón, no pierda el tiempo.

Pero no obedecí; la lectura me estaba interesando vivamente; tanto que me temblaban las manos y perdí el color. Concluí el artículo y le comencé de nuevo, á pesar de las órdenes de Pepe, hasta terminarle por segunda vez, con el rostro encendido y la cólera en su punto.

Pepe me quitó el periódico de las manos y leyó el breve artículo que tanto daño me hacía. Era el tal referente á Don Mateo; una página no más del libro de su historia, según decía el escritor; pero que por sí sola bastaba para ilustrar la vida de un hombre y legar su nombre á la posteridad con un manto de gloria inmortal. Un déspota, azote y verdugo de los pueblos, una fiera, un chacal llamado Vaqueril, chupaba de años

atrás la sangre de un Estado importantísimo. La idea de la libertad surgió en el cerebro de un hombre ilustre, Perez Gavilán, y al llamar á los pueblos contra la tiranía, su voz halló eco en el noble corazón de Cabezudo, hombre acomodado, rico, feliz, que no vaciló en aceptar la suerte del mártir, sacrificando su bienestar por las libertades públicas. Lanzado á la lucha no pidió un centavo á nadie para sostener sus tropas: consagró á ello todos sus bienes y casi se arruinó; no tomó un hombre 'de leva, porque su prestigio no lo necesitaba ni su grande alma lo consentía. Era Hidalgo en la abnegación, Morelos en la estrategia, Mina en el arrojo, Bravo en la nobleza, Guerrero en la constancia. Venció contra ejército numeroso y aguerrido, impuso condiciones, y no derrocó desde luego al tirano, porque quiso evitar el derramamiento de sangre; pero como consecuencia de su triunfo, y de la hábil política que acordó con el ilustre Gavilán, dieron en tierra con el poder despótico del ferroz Vaqueril. Y después de todo esto, Cabezudo no quiso que se el reconociera por

el Estado la deuda de los cuantiosos gastos de su peculio durante la regeneradora revolución. ¡Y aquel hombre distinguidísimo, aquel notabilísimo soldado, se conformaba, sí, se conformaba con figurar en el Congreso como representante de su distrito!!

Aquel día perdí el apetito, busqué á Jacinta para repetirle con vehementes palabras mi declaración de amor, gusté como nunca de la conversación de Pedro Redondo y me propuse ser su amigo y compañero, y hasta dí un paseo con Joaquín por las calles deleitándome con su plática de taberna.....

Y aún me faltaba mucho que ver. Al día siguiente casi todos los diarios de la capital reprodujeron el artículo de *El Lábaro*; unos haciéndole suyo, por callar su procedencia; otros añadiéndole comentarios que entrañaban el elogio; y aun los serios, los sensatos, copiaron aquella colección de mentiras, sin más precaución que la de costumbre. Tomamos de nuestro estimable colega *El Lábaro del Siglo*.....

Con viva indignación me opuse á que se hiciera otro tanto en *El Cuarto Poder*, como

pretendía Escorroza, dando orden á Carrasco de añadir una glosa encomiástica. El se irritó, yo no cedí; alegó su calidad de jefe y yo los fueros de la verdad; y el conflicto habría llegado quien sabe á donde, si no le cortara Albar y Gómez, entrando en la redacción.

Escorroza y yo, hablando á la vez, exaltados y sofocados, expusimos los hechos al Director. El cual después de escuchar con los ojos fruncidos y la cara plegada, quedóse mirando á Escorroza, mientras meditaba la resolución.

—¿Los periódicos han reproducido ese artículo? preguntó al fin.

—¡Casi todos! contestó Escorroza.

—¡Pues entonces, nosotros nos callamos.

—Pero, señor, Cabezudo es.....

—Ya llegará el momento oportuno. Por ahora, en lugar de reproducir ese artículo, pongo Vd. un párrafo de gacetilla diciendo que lo hemos leído; que somos amigos de Cabezudo, pero que la historia necesita documentos que justifiquen la verdad.

Escorroza, corrido y rabioso, escribió el

párrafo. Yo estaba satisfecho, lleno de orgullo; Sabás me miraba á hurtadillas y se reía. Pepe, que lo notó, se acercó á mí y me dijo:

—No sea Vd. tonto, ha perdido Vd. con costas el pleito.

## XVI.

## Bueso.

Y así era la verdad.

Dos días después un caballero correctamente vestido, luciendo dos diamantes en el dedo anular de la mano izquierda, la cual por ende no cesaba de acariciar los vigotes, se presentó en la redacción, y encarándose con Sabás sin quitarse el sombrero, preguntó en tono familiar y de confianza.

—¿Y Pablito?

—No baja todavía, contestó Carrasco, poniéndose en pie respetuosamente.

—Bueno, bueno; le esperaré unos minutos no más, porque tengo que ir á ver al Ministro de Fomento.

Echóse el flexible 'bastoncillo al hombro, nos dirigió á Pepe y á mí una mirada tranquila é indiferente, y silbando suavemente el brindis de *Traviata*, fué dando con lentitud una vuelta al derredor de la mesa, de la cual tomaba un periódico, una cuartilla acabada de escribir, una prueba de la imprenta; pasaba la vista por el papel, y en seguida le dejaba por cualquiera parte, como si nada le llamara la atención, y sobre todo, como si estuviera en su casa.

—¿Quién es éste? pregunté á Pepe en un momento oportuno.

Miróme el estudiante con extrañeza y me contestó:

—¡Quién ha de ser! Bueso.

Lo mismo daba para mí. ¿Y quién era ese Bueso, al cual había obligación de conocer?

Á la vista era un hombre de recia complexión, bien distribuido de partes, ancha frente, mirada audaz, por imperturbable y tranquila, bigote y piocha largos y de ese color negro verdoso uniforme que da la tinte por afamada que sea. Mentía unos cuarenta años, que bien podían ser cincuenta.

Su vestido era irreprochable, por la tela, el corte y la limpieza, y sobre el chaleco oscuro resaltaba brillando una gruesa cadena de oro, de grandes eslabones, y con tres dijes de mucho gusto, que se agitaban á cada movimiento del cuerpo. Por donde colegí que el tal Bueso debía de ser personaje de mucha cuenta y tos ronca. Colocóse después frente al cuadro estadístico, echó atrás el sombrero flamante de seda, y con el bastoncillo bajo el brazo y las manos en las bolsas, permaneció breve rato, levantando el cuerpo sobre las puntas de los pies, y golpeando el suelo con los tacones al compás de un aire de *Linda* que silbaba. Después se volvió á Pepe.

—¿Á qué hora llega Javier á la redacción? preguntó.

—Á la que quiere, contestó Pepe, sin quitar los ojos del periódico que leía.

Pensé que Bueso iba á irritarse; pero no fué así. Quedóse mirando al estudiante, ni más ni menos que si fuera el cuadro estadístico, y repitió el aire de *Linda*, llevando el compás con los tacones. Después se en-

caró conmigo, examinándome de pies á cabeza, y ya abría lo boca para decirme algo, cuando entró Escorroza. El cual no bien le miró, se quitó el sombrero y le llevó hasta las rodillas, con ademán de respeto, en tanto que ponía en su semblante el gesto más cariñoso que sabía hacer. Estrecháronse las manos y se cambiaron frases de afectuoso saludo; Escorroza exageradamente fino y cortés; Bueso imperturbable, tranquilo, superior.

—Tengo que hablar con.....

—Pablito, dijo completando Don Javier.

—Me han encomendado un negocio.....

—Importante, sí señor; importante ha de ser cuando Vd. se toma la molestia de venir por acá.

—Ciertamente; ahora mismo tengo que ir al Ministerio.....

—De Justicia.

—No, señor, el de.....

—Guerra.

—Fomento. Me llama el Ministro. ¡Como hace tres días que no voy!

—¡Tres días! ¡Qué atrocidad! Pues avisaré á Pablito, si Vd. gusta.

—Bueno; avísele. Pero antes, una palabra por aquí afuera.

Salieron, y mientras hablaban, paseándose en el corredor, dije á Pepe:

—Pues no conozco al tal Bueso. ¿Quién es?

—Nadie, me contestó el estudiante con un gesto adecuadísimo á la palabra. Bueso no es ninguno. Si es algo, nadie sabe qué; ni siquiera él mismo. Todo el mundo le conoce, es vergonzoso no conocerle, y sin embargo, nada tiene que le haga notable. No tiene rentas y vive como príncipe. Arregla negocios en los tribunales, sin ser abogado; compra caballos y los vende también; tiene carruajes, criados, clientes que le fían los negocios de cierta clase, y amigos que le quieren de cierto modo. Tiene franca entrada en algunos Ministerios, y lo mismo se encarga de obtener una subvención, que de sacar una licencia del Gobierno del Distrito. Asiste á todos los banquetes políticos, tiene entrada y es recibido como compañero en los círculos más incompatibles; habla á todo el mundo por su nombre de pila, en demostración de confianza y familiaridad;

se mete en todas partes, juega, debe y trampea; todo con desparpajo, tranquilo, imperturbable, sin un gesto. Por lo dicho comprenderá Vd. que es personaje importante, y cómo todos le temen y procuran tenerle propicio. Es hombre de recursos é invenciones tan singulares, que figura como presidente de una sociedad de obreros que no existe, y en cada fiesta nacional, recluta socios á dos reales por barba, para que lleven en procesión por las calles el estandarte de la imaginaria sociedad. ¿Para qué? Vaya Vd. á preguntárselo, pues sólo él lo sabe.

Pasó una media hora. Bueso y Escorroza que habían subido á las habitaciones de Albar, volvieron á la redacción; el primero silbando, el segundo cabizbajo y con el ceño fruncido.

—Bueno, dijo aquel; Pablito está encañichado y no hay remedio.

—Yo lo siento muchísimo....., balbuceó Escorroza.

—No; todo se arregla con que venga el General. Para mí habría sido mejor desde luego; pero Pablito ve su interés y tiene ra-

zón: más le conviene comprometer al General personalmente. Bueno, bueno; á las doce estoy de vuelta.

Aquellas palabras me inquietaron, porque para mí no había en el mundo más general que Don Mateo, y la misma desazón que sentía, me hizo cargar la mano en el segundo artículo que escribía yo con el título de *Un cambio de Gobierno*, con tal pesadez, que casi resultaba virulento contra los actuales ministros. El primero me había producido un elogio de Albar y al periódico un aumento de ciento veinte ejemplares en la venta.

Albar bajó á la redacción y acercándose á mí, fué tomando una por una las cuartillas frescas aún. Estaba satisfecho, casi maravillado.

—Muy bien, me dijo; esto va á causar sensación, y á levantar más el nombre de Vd. ¡Apriete sin temor!

Á las doce me hizo subir á su escritorio, no sin sentir yo un sobresalto extraño, como presintiendo el peligro.

—Voy á necesitar que Vd. se encargue

de un asunto, me dijo, porque este Escorroza no sirve en ciertos casos. Además, sé que es Vd. del Estado de X, y supongo que conocerá sus hombres, su historia, sus elementos mejor que nadie en la redacción.

—Así lo creo, respondí temblando.

—Así es, afirmó Albar. Va Vd. á poner especial esmero en los artículos que escriba sobre el negocio á que me refiero; porque es para mí de importancia, y lo confío á la pluma de Vd., porque es también la mejor en la redacción.

—Favor de Vd.....

—No, no; es justicia.

—Y ese asunto.....

—Dentro de un momento, un momento, va Vd. á conocerle.

Grande debía de ser el interés del Director, cuando estaba tan fino y cortés conmigo. Su oscura piel se plegaba con más violencia, y una sonrisa forzada contraía sin cesar sus labios, separando más uno de otro los dos lados del bigote de raza pura indígena.

Oímos sonar en el patio las pisadas de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
375 MONTERREY, MEXICO



varias personas. Mis sospechas habían crecido con las palabras de Albar, mis temores aumentaban y el ruido aquel puso en mí tal turbación, que hube de levantarme del sofá para disimularla.

Contra todo mi esfuerzo por conservarme tranquilo, sentí que me puse pálido cuando Don Mateo entró en el escritorio acompañado de Bueso y de Escorroza, y como por instinto, obedeciendo á irreflexivo deseo, dí dos pasos atrás, y aparenté distraerme con algo que había sobre la mesa.

Don Mateo saludó á Albar toscamente con burdas cortesías, é imitado por éste, pasó con Bueso á una pieza contigua. Al pasar junto á mí, noté que el General me miró, y vaciló un momento como queriendo detenerse. Albar, que pasó el último hizo á Escorroza un ademán indicándole que podía retirarse, y cuando éste me le repetía á su vez, Albar me dijo brevemente:

—Espere Vd. aquí. Yo le llamaré.

Escorroza salió lanzándome una mirada de odio terrible, que en algo compensó mis zozobras, por la satisfacción vanidosa que

me causó; pero bien pronto comprendí, con oír las primeras frases cambiadas entre los tres hombre de la pieza inmediata, que Pepe había acertado al decirme que tenía yo perdido el pleito. Debí huir de aquel lugar al sentirme tan completamente derrotado, al comprender el asunto y la trascendencia que para mí tenía; pero no sé que angustioso afán de llegar hasta el fin, me mantuvo como atado al sillón en que me senté para estar cerca de la puerta.

Don Mateo quiso al principio abordar el negocio; pero su torpe encogimiento de pueblo, oponiéndose á la franqueza en materia tan espinosa, le ataba la lengua más de lo ordinario y fué menester que Bueso tomara la palabra en su nombre.

Su voz tranquila, uniforme y monótona, sonó durante algunos minutos; para él no había asunto difícil de exponer, ni necesidad de circunloquios para expresar las ideas más mortificantes. El General había visto con extrañeza un párrafo de *El Cuarto Poder* que reclamaba pruebas para creer lo que *El Lábaro* contaba de su persona; y la extrañeza na-

cía sobre todo, de que Albar le había tenido antes por amigo, aunque sólo por cartas habían llevado relaciones. Todo lo que decía *El Lábaro* y mucho más era cierto, y de ello eran testigos millares de personas que conocían al General como á sus manos. Podía probarlo ¡vaya si podía! con documentos emanados del Gobierno del Estado y del Federal; con los periódicos de diversas épocas que conservaba en su poder; con esto y con aquello.....

¿Pero para qué? Albar no podía dudar de un caballero, y lo que importaba era que el ilustrado Director reconociera en el General un buen amigo, y lejos de sembrar la duda respecto de sus gloriosos antecedentes, procurara, como buen amigo, que fueran bien conocidos, apreciados y recompensados con el aplauso á que un hombre tan distinguido como el General era acreedor. Ya él se sabía que esto ocasionaba fuertes gastos; pero eso no era un obstáculo.....

Albar interrumpió á Bueso al llegar á este estrecho paso, con uno como gruñido que no decía ni sí ni no. No había que tratar de

eso, no señor. Aquel maldito párrafo se había *deslizado* en el periódico sin conocimiento del Director; pero luego que le notó, determinó poner el remedio; el cual consistía en publicar la biografía completa del señor General, asegurando que había sido escrita con vista de documentos fehacientes, y aun se pondría en el periódico el retrato del señor General, si tenía la bondad de proporcionar una fotografía.

Por delante de mis ojos pasaban nubes sangrientas que me cegaban; temblaban convulsamente mis miembros; con los dedos crispados estrujaba yo los brazos del sillón, hincando las uñas en la fina piel del mueble. En medio de la embriaguez de la ira y el despecho, apenas pudieron herir mis oídos algunas palabras relativas á treinta suscripciones que desde el siguiente día iban á mandarse á Don Mateo para que las remitiera á sus amigos del Estado. Bueso aseguró que esto era importantísimo para el General; porque el General era hombre de gran porvenir político, que debía por ende, moverse con actividad y tino, para aumentar su pres-

tigio y propagar su renombre por todas partes.

Clavado en el sillón, aquella escena me parecía, por momentos, grosera ficción de pesadilla cruel é inverosímil. Estaba yo sudando y sofocado.

De repente la puerta se abrió, los tres personajes de la comedia pasaron al escritorio, y ya en pie y tratando de reponerme, oí á Albar que dijo señalándome:

—Aquí tiene vd. la primera pluma de la redacción. Este joven se encargará de escribir todo lo relativo á vd.

Don Mateo y yo nos encaramos, cambiando una mirada de rencor profundo; aquel rencor amasado con la pasión del amor más puro, como el lodo se amasa con el agua de los cielos.

No supe qué decir, de tanto como quería; pero Don Mateo, incapaz de dominarse, dijo groseramente:

—¿Este amigo va á escribir? ¿Y qué sabe éste?

Y lleno de coraje me volvió las espaldas, afectando desprecio.

—Sé más de lo que á vd. le conviene para escribir su biografía, repliqué coléricamente; pero declaro al Sr. Albar que mi pluma no se empleará jamás en servicio de un hombre como vd.!

Don Mateo hizo ademán de echarse sobre mí y yo el de tomar un busto de bronce.

Albar se puso de un brinco entre los dos.

—¡Qué es esto! gritó espantado.

—Es vd. un títere desgraciado, rugió Don Mateo, enseñándome los puños por encima de la cabeza de Albar. Cuando le encuentre en la calle le voy á arrancar las orejas.

—¡Veremos! le contesté.

—¡Mocoso infeliz!

—¡Basta! gritó Albar con toda la fuerza de sus pulmones. ¿Qué sucede aquí?

—Sr. Albar, dije yo; ya lo ha oído vd.: yo no puedo escribir nada respecto á este hombre; nada, ni una palabra.

—Ni yo quiero que éste escriba, gruñó Don Mateo sofocado por la cólera; no lo consiento.

—Pues no escribirá, dijo Albar; y basta de pleito.

Bueso estaba frente á mí, con su semblante tranquilo, las manos en las bolsas, mirándome de hito en hito, con aire de curiosidad.

— Eso es, dijo, completando el pensamiento de Don Pablo. Que escriba Javier.

Escorroza, al ruido de las voces, había subido y llegaba á la puerta.

— Así se hará, contestó el Director; puesto que Quiñones se niega y el General no lo consiente, Escorroza se encargará de escribir todo lo relativo.....

— ¿Al señor General? ¡Con muchísimo gusto! adelantó Don Javier.

— Y lo hará mejor, dijo Bueso.

Don Mateo me miró con aire de triunfo y mofa.

— El señor Director, dije yo, conteniéndome con dificultad; puede ordenar lo que mejor le parezca; pero debo advertirle que desde el instante en que el periódico publicó el más corto elogio de este hombre, me retiré de la redacción.

Y sin saludar, con los puños cerrados y apretando los dientes salí del escritorio. To-

avía en el corredor oí las voces de Cabezudo, Bueso y Escorroza, que decían á la vez:

— ¡Canasto! Este títere.....

— Eche vd. á este grosero.

— ¡Cómo consiente vd.....!

El rumor de las voces exaltadas llegaba hasta la redacción. Pepe y Carrasco me preguntaron lo ocurrido; pero yo me limité á alzar los hombros y los dos callaron discretamente.

Media hora duró todavía el rumor que venía del escritorio. Al cabo de este tiempo sonaron en el patio los pasos de los tres hombres y sus voces todavía acaloradas, y cuando pasaban por el zaguán oí que decían:

— ¡Sobre que Pablito cree que este muchacho es una gran cosa!

— ¡Canasto, recanasto! ¡Esta sí que no se la perdono!

El orgullo sublimado, el rencor satisfecho, la vanidad complacida y exaltada, me pusieron á punto de ahogarme, y tuve que ponerme de pie para poder respirar. Pepe y Sa-bás me miraron sorprendidos, y yo, contraí-

do y descompuesto el semblante por nerviosa sonrisa, dije con insensato orgullo, arrojando la pluma sobre la mesa:

—¡Esa pluma vale más de lo que muchos se imaginan!

---

---

**XVII.****Á solas.**

**P**ASARON algunas horas, y la meditación, la soledad, el aislamiento en mi cuarto, quitaron á la pasión el brío, y á la vanidad sus oropeles. Entonces pensé en lo que había sido siempre el móvil de mis acciones, el fin de mis esfuerzos, el término á que todos mis sacrificios y afanes se encaminaban: Remedios. Al evocar su recuerdo, me estremecí, sentí que se nublaron mis ojos, y tuve que cerrarlos un breve espacio, como para no ver la densa nube que pasaba sobre mi frente.

Y cuando los tuve cerrados, temí abrirlos por no ver en las paredes y muebles de mi

cuarto la realidad de mi vida. Los mantuve así, y para dominar la tendencia enérgica de mi pensamiento que me llevaba á considerar el abismo, cada vez más hondo, que me separaba de la que tanto quería, traje á la memoria el recuerdo de mejores días; cuando era ella la humilde *pedreña* y yo el sencillo enamorado de pueblo, con amor tranquilo, sin sobresaltos ni interés de drama.

El día que cumplió diez y seis años, aun no salía el sol cuando pasé por su casa; y ella que me conocía en el ruido de los pasos, salió á la puerta, suelto el cabello derramándose por la espalda, alegre y fresca como flor que ha recogido al amanecer el rocío de la aurora.....

Las impresiones recientes traían á mi mente otras ideas, interrumpiendo mis dulces memorias; pero yo las apartaba con viveza, y reanudaba mis recuerdos, huyendo de la realidad. Parecía que en mi interior luchaban dos seres enemigos.

Todas las pobres mujeres del barrio del Arroyo fueron aquella mañana á ver á Remedios, llevándole sus presentes humildes y

cariñosos. Yo estaba allí y ví á la sensible niña llorar de ternura y abrazar á aquellas buenas gentes, al recibir de sus manos el pobre obsequio que le ofrecían. Sin poderlo remediar, sentí yo más de una vez, que me conmovía la escena hondamente, de manera que era imposible el disimulo. Entre todas las personas que estaban reunidas allí, no había una sola por quien no sintiera yo verdadera simpatía: los Llamas, el Padre Marojo, el maestro de escuela, Felicia.....

Y vencido un instante por lo presente, ví en el cuadro que mi imaginación reproducía, que entre el Padre Marojo y Don Agustín Llamas, pasaban Bueso y Escorroza. Un nuevo esfuerzo de voluntad borró estas figuras repugnantes, y aunque trabajosamente, San Martín volvió á aparecer en mi mente, sin personajes exóticos.

La música del pueblo tocaba en el corredor de la casa, y la sala iluminada con la iluminación más profusa que pudo improvisarse, estaba llena de flores recogidas en el campo, que esparcían penetrante olor y lucían sus varios colores, sin más arte que las mucha-

chas del pueblo sus caras frescas y alegres. El baile iba á comenzar, reinaba entre los convidados la franca cordialidad propia de los lugares pequeños en que todos se conocen y se tratan familiarmente. Yo tenía miedo, porque desde la mañana me había resuelto á decirle á Remedios muy clarito lo que sentía yo en el corazón, aunque ya ella se lo sabía muy bien. Quería atreverme y no podía; ya me acercaba con ánimo de invitarla á bailar, cuando el temor me vencía, haciéndome retroceder. Ella debió de notarlo, porque aun me pareció que se impacientaba; alzó los ojos y me miró con aquella expresión indefinible de sus grandes pupilas negras y húmedas. Vestía la niña un sencillo traje y el adorno de su tocado había sido arrancado de los arbustos del campo.....El traje era de humilde tela.....de humilde tela.....raso azul ajustado á su soberbio busto, derramado en ondas relucientes por la falda; en las orejas gruesos brillantes, y en lo más alto de su redondo pecho una joya riquísima que lanzaba rayos de mil colores y vivísima luz. Me llevé las ma-

nos á los ojos cegados por el lodo, y detrás de mí resonó una carcajada sonora, prolongada, llena de amarga burla, mientras se alejaba decreciendo el ruido de la carretela arrastrada rápidamente por las calles de San Francisco.....

Eso, eso era lo que nunca le perdonaría yo á aquel hombre alzado del polvo para humillar con su insultante fortuna á quien siempre valió más que él. ¡Qué me importaba el poder de sus riquezas, si tenía yo el arma de mi talento y mi pluma para herirle sin compasión y de muerte? Mi pluma, sí; aquella pluma que el más famoso diario de la capital no cambiaba por un aumento de suscripciones, ni por dádivas que se le ofrecían; como que era el alma del periódico, el secreto de su popularidad, la causa del respeto con que se le miraba por envidiosos y enemigos.....

Y por allí corrió mi imaginación desatada, impetuosa, como río que rompe el dique después da acrecer su caudal y sus fuerzas.

Así pasé la tarde, acosado por contrarios pensamientos, entre los cuales vencían siem-

pre los que, sublimando mi orgullo, me desvanecían.

Á las nueve de la noche estaba yo en el cuarto de Felicia, á donde acudí como en busca de refugio para salvarme de mí mismo.

—¿Me has hecho los versos para Remedios? me preguntó la niña. ¡Á que no! ¡Mira, Juan, que me voy á enojar contigo, y á creer que estás perdiendo la vergüenza!

—Deja eso, contesté; hablemos de otra cosa; quiero distraer mi imaginación.....

—¡Cómo está eso! ¿Con que no quieres pensar en Remedios? ¿Qué tienes Juan? ¿Qué te pasa?

Felicia estaba asustada, y sus últimas preguntas eran mimosas y dulces, como las de la madre al niño que llora. Después acercó al mío su asiento y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Bien he comprendido que te sucede algo grave con Remedios; pero si es que te han dicho algo de ella, no lo creas; no lo creas, Juanito; mira que es muy buena y que te quiere mucho; mira que los envidiosos mienten y manchan á las pobres mu-

chachas sin motivo ninguno. Vamos, hijito; dime qué tienes, qué te pasa, y yo iré á buscar á Remedios para decirle que estás triste y padeciendo por ella; que te consuele, que te haga feliz.....¿Te han dicho que no te quiere ya? Pues miente quien lo diga.

—No, Felicia, dije yo con amargura; nada sé de ella, nada me han dicho. Sé que es buena, la conozco, la quiero tanto como siempre, y sería yo el hombre más ingrato si no lo sintiera y no lo dijera así. Pero.....

—¿Pero qué, hijito?

—No me vas á comprender.

—Dímelo; aunque no te entienda.

—Remedios está muy encumbrada para mí.

—¡Encumbrada!

—Sí, dije con doloroso despecho; encumbrada, muy alta para mí. Hasta hoy he venido á reparar en que ella es rica y yo pobre, hoy que la veo en la sociedad encópetada cuando yo vivo entre la clase sin valor ni significación; hoy que Don Mateo saca á lucir sus riquezas, mientras yo me afano para ganar el sustento diario. Es ridículo



que yo reclame de ella el amor que me tenía cuando éramos igualmente humildes, hoy que hemos venido á averiguar que hay entre los dos tan grandes diferencias.

—Pero, Juanito, por Dios ¿qué estás diciendo?

—Esta es la verdad.

—¿Crees que Remedios.....?

—No creo nada de ella; sé que es muy buena; pero sé también lo que mi delicadeza de sentimientos exige.

—Eres orgulloso, entonces.

—Sí lo soy, cuando debo serlo.

—¿Quieres á Remedios?

—Con toda mi alma.

—Pues no tengas orgullo para ella.

—Pero he de tenerle para con su tío, dije con la energía que me comunicó una oleada de sangre que me subió á la cabeza. Don Mateo me aborrece y yo á él también, esta mañana nos encontramos frente á frente; á una palabra despreciativa suya, contesté yo con otra, trató de ofenderme y yo á mi vez le ofendí, y al fin logré vencerle, obligándole á salir desairado y corrido de la casa á

donde fué á solicitar un servicio, que él creía seguro conseguir con dinero. La guerra se ha declarado: mira tú si aun deberé pensar en Remedios, cuando su recuerdo no sirve más que para lastimarme la herida.

Felicia, afligida y angustiada, tenía en los ojos dos lágrimas próximas á rodar por sus mejillas.

—¿Ves lo que haces, Juan? me dijo en tono de dulce reproche. Se me figura que te estás volviendo malo. ¿Por qué disgustas á Don Mateo, si sabes que de él depende tu felicidad y la de Remedios? ¿Por qué te metes en otras cosas que no tienen tanto interés para tí?

—No tengo yo la culpa, contesté; yo he sido víctima de ese hombre sin motivo ni razón; he querido ir por el camino que mi deber marcaba y él me ha rechazado groseramente. Hoy no me queda más esperanza que una, amarga, venenosa, pero que me da aliento: la de vengarme.

—¡Juan, no digas eso!

—Mi arma es un periódico que él no ha podido comprar porque lo he impedido yo.

Haré uso de ella en la lucha á que he sido provocado; y sin más arte que decir la verdad y evitar que medre la superchería, haré sentir á ese tonto vanidoso, que yo también he llegado á valer algo, sin necesitar para ello párrafos de gaceta.....

No era esto ya conversación con Felicia. Iba yo de un ángulo á otro del cuarto, y mientras la joven me seguía con los azorados ojos, hablaba yo conmigo mismo, como pensando á voces.

— Todo lo sacrifico, continué; todo absolutamente, puesto que fuera de Remedios nada hay para mí que pueda realizar las aspiraciones de mi alma. Al quitármela me quita lo poco bueno que hay en mí ser. Yo le quitaré, en cambio, lo que él más estima: la careta con que ha vivido siempre; el disfraz con que engaña á la sociedad.

Felicia, que nunca me había oído hablar de aquel modo, se levantó asustada y tomándose por un brazo, me obligó á sentarme. No, no debía yo hacer tal atrocidad. Así como estaban las cosas, aun podían tener remedio; ella iba á procurarlo, y esperaba con-

seguir mucho, porque sabía que Remedios era siempre la misma, buena, cariñosa, y ejercía sobre Don Mateo un poder absoluto. Poco á poco se llegaría á una reconciliación ¿por qué no, si yo era tan digno de Remedios? Pero yo debía ser más prudente, y pensar á toda hora en que se trataba no solamente de mí, sino también de aquella niña que tanto tanto me quería.

Convencida con sus propios razonamientos, fué tranquilizándose Felicia; su voz tomó luego el tono alegre que solía, y al fin su charla se hizo festiva, ligera, juguetona, comunicándose insensiblemente el suave calor de la esperanza, que ardía inextinguible en su alma de niño.

---

---

XVIII.

**Apremio.**

Las seducciones de Redondo y Joaquín, no habían menester mucha industria para vencer mi trabajada resistencia, cuando sentía yo necesidad de desorden, de vicio, para divertir mis pensamientos de su objeto constante y buscar en nuevas impresiones la compensación de mis penas. Así fué como me determiné á acompañarlos al baile de la casa de las Valcuernos, dos solteronas que vivían en la calle de Los Migueles, fraguando bailes de escote á los cuales asistían españoles dependientes de tendajón, empleados de quinta clase, algunos oficialetes y tal cual estudiante reprobado en los últimos exámenes.

Las Valcuernos vivían, fuera de ciertas dádivas y de los residuos de cada baile, ganando réditos en el agio más usurario de todos, con prestar dinero en muy cortas sumas á los indios de los pueblecillos inmediatos sobre sus casucas, huertas ó sembrados, los cuales concluían por pasar á poder de las solteronas, para ser vendidos por un precio diez ó veinte veces mayor que la deuda.

El baile estuvo animadísimo, como que hubo en él hasta cinco disputas que pudieron terminar á coces. El alcohol señoreaba las cabezas, contada la mía; y las costureras de enfrente, las sobrinas de las Valcuernos y demás gente femenina, gobernaban con el gesto, repartiendo sonrisas, coquete-rías y más íntimas concesiones.

Era aquel un pedazo del mundo que hasta entonces no conocía; y hallaba en mi ser rincones que ignoraba yo, y saboreaba placeres que jamás había imaginado. La cabeza mareada, la lengua atrevida, desenfrenada la audacia, al sentirme en nuevo mundo, nuevo también ó trasformado me